



CARLOS GARCÍA MIRANDA

conejo

DESTINO

BIENVENIDO
A
CONEXO

LA ISLA DEL TIEMPO

CONEXO

Carlos García Miranda

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Carlos García Miranda, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2015
ISBN: 978-84-08-13736-8
Depósito legal: B. 111-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El accidente del tren de Conexo

<http://www.youtube.com/watch?v=SaajxAvve?akl>

AgustínPoderes — 109 vídeos

20.385.025 reproducciones

Publicado el 18/02/2014

Información

¡Muy fuerte! Vídeo del accidente del tren de Conexo grabado por uno de los chicos del colegio con su móvil. Las imágenes son realmente impresionantes. Si eres sensible, ¡NO LO VEAS!

Ricky se colocó la gorra y se miró en la pantalla del iPhone. Puso su mejor sonrisa y le habló a la cámara:

—¡Hola! Estoy en la estación de tren de Conexo. Son las...

Sin dejar de caminar, el chico movió el móvil hasta enfocar el reloj que colgaba de una de las columnas del andén.

—Las tres y media de la tarde en punto, y me voy a subir en esto —dijo Ricky mientras grababa el tren de alta velocidad junto al que caminaba—. ¡Me piro de vacaciones de Semana Blanca con el colegio!

La pantalla mostraba la parte del andén en la que se apelotonaban un montón de chicos y chicas, cargados con esquís y tablas de snowboard. Iban entrando en el penúltimo vagón del tren. De camino hacia allí, Ricky se encontró con Cerro, un chico moreno con la nariz aguilena. Se saludaron chocando las manos y siguieron andando juntos.

—Diles algo a los seguidores de mi canal de YouTube —le pidió Ricky, enfocándolo.

—Hola, diez seguidores de Ricky —dijo Cerro, levantando la mano.

—Con esto seguro que gano diez más...

Ricky apuntó con la cámara a los traseros de Ruth y Nerea, que tiraban de sus maletas por delante de ellos. Los cuerpos delgados de ambas se parecían, aunque Ruth era castaña oscura, y Nerea, más tirando a rubia. Se detuvieron en el borde del mogollón que formaban sus compañeros de clase.

—Venga, para dentro —les pedía a los alumnos Irene, la profesora encargada de acompañarles de viaje—. ¡Dejad los esquís y las tablas en el maletero de la entrada!

Ricky y Cerro se unieron a Ruth y Nerea. Se dieron dos besos y se metieron dentro del tren.

—Vamos a pillar una de esas con mesa y nos ponemos los cuatro juntos —dijo Nerea.

—¿Y Sam y Ana? —se escuchó preguntar a Ricky, tras la cámara.

—Están ahí. —Ruth señalaba la esquina junto al servicio, en el pasillo entre los vagones—. Me da que están enfadados...

Ricky se separó del grupo de tres, que ya se adentraba en el vagón para buscar sitio, y se encaminó hacia la pareja. Ana y Sam siguieron

con la discusión, sin reparar en que Ricky estaba tras ellos, grabándolos.

—¿Y has esperado a que estuviéramos de viaje para contarme esto y fastidiármelo? —le reprochó Ana a Sam.

—Pero ¿a ti qué más te da que deje el equipo? —le preguntó Sam a la chica, sin entender su enfado—. A ver, lo que te estoy diciendo es que el equipo me quita mucho tiempo, y quiero hacer otras cosas.

—Pero ¿qué otras cosas? ¡Si todo lo que no sea parar goles se te da mal!

—¡Bueno! Y eso ¿quién lo dice? —saltó Sam, y se cruzó de brazos.

—Lo dice tu coeficiente intelectual.

Se escuchó la risa ahogada de Ricky mientras la cámara hacía un zum en la cara de pasmo de Sam.

—Mira, si dejas el equipo de fútbol del colegio no seguiré siendo tu novia —le amenazó Ana, sin mirarle a la cara.

La cámara grababa el perfil de la chica, que se aseguraba con los dedos de que las horquillas seguían en su sitio y le sujetaban el flequillo rubio claro. El resto del pelo lo llevaba en una coleta tirante que le dejaba despejada la cara, de ángulos perfectos. Sam reparó en la presencia de Ricky tras la esquina.

—Tío, ¿de qué vas? —saltó.

Ana se dio la vuelta, la cámara recogió su sonrisa de dientes blancos alineados.

—¡Ay, para! —le pidió a Ricky, simulando estar molesta con él—. Que voy supermal pintada...

—Ricky, pírate, que estamos hablando. —Sam ponía la mano sobre la cámara.

—No. Ya no vamos a hablar más, Sam. Ya te he dicho lo que hay —se oyó susurrar a Ana sobre el fondo negro que cubría la imagen.

A continuación, la pantalla mostró a Ana mientras se marchaba

hacia el vagón. Ricky la seguía, grabando cámara al hombro mientras entraban en el pasillo.

—Mira, han venido los frikis de la clase... —le dijo a la chica, que se rió.

Ricky enfocaba a Noel y Eva, que se colocaban en una pareja de asientos, de los primeros del vagón.

—¿Éstos van a esquiar o a un funeral? —se escuchó a Ana.

La cámara recorrió a Noel y Eva de arriba abajo mientras colocaban las maletas en el portaequipajes. Los dos eran altos, pero aparentaban mayor estatura por los vaqueros negros estrechos que llevaban. Además, Eva vestía una sudadera de canguro ancha, de color gris. Noel, una cazadora vaquera oscura, con borrego, por encima de una camiseta con la portada del disco Mellon Collie and the Infinite Sadness, de The Smashing Pumpkins.

—¿Me dejas pasar, rarita? —les soltó Ana cuando llegaron hasta ellos.

—¿Te esperas, pija imbécil?—Eva la miraba con la ceja levantada.

—Eva, para —le pidió Noel, que tomó asiento junto a la ventanilla.

—Hazle caso a tu amiguito el misterioso, anda... —le aconsejó Ana, de brazos cruzados frente a ella. Noel escondió los ojos verdes tras el flequillo largo, cortado al bies.

Eva sacó una tableta electrónica de la maleta de tipo trolley. Después se echó a un lado para que Ana y Ricky pasaran.

—Pero por qué no la enviarán a un correccional... —le dijo Ana a la cámara, dándoles la espalda.

Ricky caminaba de espaldas hacia el final del vagón. Seguía grabando a Eva y Noel. La chica del pelo corto y tan rizado que parecía hecho de caracolas negras le mostró el dedo corazón levantado. En el plano también se veía a Sam, que iba unos pasos por detrás de Ricky.

—Mira, ha venido la nueva —le dijo Ricky a Sam, e hizo zum en la cara de una chica menuda que acababa de entrar en el vagón.

Llevaba los labios rojos y el pelo rubio trenzado, y tenía la nariz respingona.

—Se llama Sabina, ¿no? —le preguntó Ricky al chico deportista.

—No lo sé. Déjame pasar... —Sam pasó por delante de la cámara. Se le oyó llamar a Ana y decirle que tenían que hablar.

Ricky se quedó detenido en medio del pasillo, grabando a la chica nueva. Hablaba con Irene, quien le dijo algo que le hizo lanzar una sonrisa tímida. Después, Sabina echó a andar por el vagón, arrastrando una bolsa de viaje de color mostaza. Su mirada apuntaba al asiento vacío que quedaba al lado del que ocupaba Noel. El chico también la miraba, aunque al verse descubierto bajó la mirada. Sabina siguió caminando, y se desabrochó los botones de la trenca, que era del mismo color que la bolsa. Pero justo cuando iba a sentarse, Eva terminó de colocar su maleta sobre el portaequipajes y se sentó con Noel.

—Está ocupado —le soltó malhumorada a Sabina al verla parada a su lado.

La cámara grabó la sonrisa ortopédica de la chica pelirroja.

—¡Eh, tú! ¡La nueva! —voceó Ricky—. Ven a sentarte con mis amigos, que esos dos son unos pringados.

Pero Sabina no le hizo ni caso, se dio la vuelta y ocupó un par de asientos que quedaban por delante de los de Eva y Noel, y separados por el pasillo. A continuación, la cámara siguió avanzando por el vagón hasta llegar al final. En un grupo de cuatro asientos con mesa se habían sentado sus amigos. Cerro y Nerea iban juntos, y Ruth enfrente. Había un asiento libre su lado, y Ricky dejó allí su mochila.

—Tía, pero ponte aquí conmigo... —le insistió Ruth a Nerea.

—Que no, que a mi lado está más calentita —dijo Cerro, y agarró a Nerea por la cintura.

—¡Ay, déjame! —Entre risas, Nerea intentaba quitarse de encima a Cerro.

Ricky se sentó al lado de Ruth. Grabó a Sam y a Ana. Estaban sentados en la pareja de butacas que quedaba separada por el pasillo. Ella hojeaba la revista *Cuore*, despreocupada, mientras él miraba por la ventanilla con los nudillos en la boca. Unas letras negras sobre el cristal indicaban que era la ventana de emergencia.

Se oyó un pitido largo, al que siguió el cierre de las puertas del tren. Ricky volvió a aparecer en la pantalla.

—Chavales, ¡vamos que nos vamos!

El móvil grabó la salida del tren de la estación. Todos los estudiantes aplaudieron emocionados.

Ricky puso la cámara de nuevo en marcha cuando ya era de noche. Grababa a Nerea y a Cerro que, sentados frente a él, se besaban con energía. La imagen hizo zum en las manos del chico, que se movían debajo del jersey de nieve de Nerea.

—¡Cerro, te estás poniendo las botas! —se oyó decir a Ricky.

Cortados, Nerea y Cerro se separaron.

—No lo subas a YouTube, ¿eh?, que mi padre me mata... —le advirtió Nerea.

Ricky movió el iPhone para enfocar a Ruth, que miraba a la pareja de morros. Al darse cuenta de que la cámara estaba pendiente de ella, levantó la vista hacia el monitor que colgaba del techo. Emitía una película titulada *Promoción fantasma*. La imagen del móvil pegó un bote cuando el tren atravesó un bache.

—Este tren va un poco rápido, ¿no? —se preguntó Ruth mientras miraba por la ventanilla contra la que golpeaba el granizo.

La cámara tardó unos segundos en poder enfocar lo que se veía al otro lado. El tren recorría a toda velocidad los acantilados de las mon-

tañas nevadas. Las nubes negras de la tormenta lo cubrían todo. La única luz llegaba desde el faro de una torre de vigía que quedaba a lo lejos.

—Esta montaña da mucho yuyu de noche... —comentó Ricky.

Giró la cámara al escuchar el ruido de las hebillas de las botas de Gabi, parecidas a las de Terminator. Gabi llegó hasta él y entró en el plano.

—Chaval, tengo lo tuyo...

Ricky se levantó y dejó el iPhone sobre el asiento. La imagen quedó descuadrada, grabando el techo del vagón y parte de lo que hacían los chicos. Se veía la cara de Ricky de perfil y el pelo de Gabi, que le llegaba hasta el hombro de la chupa de cuero con cremalleras.

—Guay, pásamelo —le pidió Ricky.

—No seas espabilao. Los cincuenta pavos primero.

Entonces pudo verse a Ricky, que cogía su abrigo del portamaleatas para buscar el dinero.

—Ahí lo tienes —le indicó Ricky a Gabi.

Con disimulo, Gabi le cambió el billete por cinco bolígrafos rellenos de polvo blanco, que sacó de una mochila azul marino. Después, regresó por el pasillo hacia la parte de delante. Ricky guardó la droga en su abrigo. La imagen lo mostraba dejándola de nuevo en el portaequipajes. Luego recogió el móvil, volvió a sentarse y siguió grabando lo que ocurría.

—Ahí vuelven Ana y Sam. —Ruth señaló con la cabeza hacia el fondo del pasillo—. Llevan todo el viaje de bronca en el baño...

Ricky los apuntó con el móvil mientras caminaban hacia ellos. Ana, sonriente, y Sam, con la cara larga. Pero hizo zum tras la pareja al ver que Gabi, que estaba unos cuantos asientos por delante, recibía el alto de la profesora.

—Mierda. Como se lo pille Irene, nos quedamos sin fiesta todo el viaje... —advirtió Ricky.

El altavoz del móvil captaba la discusión.

—¡A ver, déjame ir a mi sitio! —protestaba Gabi—. Pero ¡si no estoy haciendo nada!

—Que me enseñes lo que llevas en la mochila —le exigía la profesora.

—Pero ¿por qué tienes que estar desconfiando siempre de mí? Alucino con la manía que me tienes por ser repetidor...

—Vale, te tengo manía. Lo que tú quieras. Pero o me dejas ver lo que llevas en la mochila o te mando de vuelta a Conexo.

Gabi terminó por descolgarse del hombro la mochila, de marca Eastpack y color azul marino.

—Mira, que no tengo nada más que mis cosas. El móvil, chicles, y eso...

La cámara recogió el momento en el que Gabi le mostraba en un visto y no visto el interior de la cartera a la profesora. Después, el chico se dio la vuelta para alejarse, pero Irene le agarró del brazo.

—Venga, déjame verla bien...

Pero Gabi se zafó del brazo de Irene con un golpe seco. La cámara le grabó mientras corría por el pasillo. Iba a pasar al siguiente vagón, pero se dio la vuelta al ver que era la cabeza trasera del tren.

—Mierda...

Gabi se fijó en que la ventanilla a través de la que Sam tenía la mirada perdida era la de emergencia. Ricky se puso en pie para grabar cómo Gabi arrancaba el martillo anclado en un armario de puerta de cristal, junto a la salida del vagón. A sólo unos centímetros estaba el freno de mano de emergencia.

—Tío, ¿qué haces? —le preguntó Sam al ver que se le echaba encima.

Gabi rompió la ventana con un par de golpes fuertes. Sam y Ana, que no tuvieron tiempo de reaccionar, se llenaron de trozos de cristal, aunque la mayoría cayeron fuera. El viento huracanado y el granizo

de la tormenta se colaron en el vagón. No tardaron en llegar los gritos de los alumnos, que protestaban por el frío.

—No me lo puedo creer —exclamó Irene al llegar y ver el destrozo.

—Pero ¿eres idiota? —Sam empujaba a Gabi con fuerza.

—Que no me toques, musculoca —le advirtió éste.

La imagen de la cámara se volvió más oscura de pronto. El tren había entrado en un túnel y recorría una curva cerrada, a toda velocidad. Entre el tumulto de alumnos que se acercaron a ver qué ocurría en el fondo del vagón, Ricky grabó la pelea en que se enzarzaron Gabi y Sam.

—¡Basta! ¡Basta ya! —les gritaba Irene, que intentaba separarlos.

Uno de los golpes que se propinaban los chicos le acertó en la cara. La cámara grabó el instante en el que Irene se agarró a lo primero que encontraron sus manos para no caerse al suelo. La palanca del freno de emergencia. El mecanismo del tren chirrió, cada vez más y más. En la imagen temblorosa se vio cómo empezaron a caer maletas mientras el tren, inclinado por la curva que estaba atravesando, trataba de detenerse. Un brusco movimiento en la imagen dejó claro que había descarrilado. Se escuchaban los gritos de terror de los estudiantes, que se agarraban a las paredes del vagón. Un latigazo hizo que a Ricky se le escapara el móvil de las manos. El teléfono seguía grabando mientras volaba por los aires, hasta golpear con fuerza contra una de las paredes del vagón. La imagen se volvió totalmente negra.

COMENTARIOS (6 de 1.342)

Balpuente Hace 5 minutos

¡Quéeeee fuerte! Me da muchísima pena lo que pasó. ¿Cuántos se murieron al final?

HaterBiggGarcía Hace 12 minutos
Fake. Pero fijo.

Teresaefe Hace 1 hora
A mí me gusta el rubio cachas. La novia será muy guapa, pero es lo peor.

María Kinsella Hace 1 hora y 10 minutos
¿Quién es el chico de la camiseta de Smashing Pumpkins? Espero que no se muriera en el accidente. Era muy mono. ;)

Pkunzip Hace 1 hora y 55 minutos
Lo quitan, pero lo vuelven a subir. Y no es fake.

Dani Lebowski Hace 2 horas
Esto debería estar censurado. Me parece alucinante que no lo hayan quitado de YouTube.

—Noel... ¡Noel, despierta!

Eva estaba sentada a su lado. Lo zarandeó hasta que consiguió que saliera del sueño.

—¿Qué pasa? ¿Ya hemos llegado? —le preguntó Noel.

—Acabo de ver un vídeo...

Eva sujetaba la tableta electrónica en las manos. No le quitaba la vista de encima a la pantalla.

—¿Y me despiertas para eso? —protestó Noel.

El chico despegó la cara de la ventanilla, que golpeaba el granizo de la tormenta. Se había quedado helado, así que se puso la cazadora vaquera con borrego por dentro, que tenía hecha un gurrño sobre las piernas.

—Acabo de ver un vídeo del accidente del tren en el que vamos —le contó Eva. Estaba muy asustada.

El chico se apartó el flequillo de los ojos para mirarla bien. Eva, que todavía no se había calmado, intentó explicarse:

—Se veía cómo todos los de la clase subíamos al tren, en la estación. Luego íbamos por la montaña, con la tormenta...

Eva se echó encima de Noel para mirar por la ventanilla. El tren atravesaba un acantilado de la montaña, que estaba envuelta en una nube negra como la que ella había visto en el vídeo. La única luz era la que provenía de la torre de la guardia forestal. Eva sintió cómo se le disparaba el corazón al descubrir que todo era idéntico.

—Gabi rompía un cristal, había una pelea, con Sam, y no sé qué más pasaba luego..., pero ¡el tren descarrilaba!

—A ver, pero ¿de dónde has sacado ese vídeo? —le preguntó Noel, perplejo.

—Me lo han enviado adjunto en un *e-mail*. Lo vi al subir al tren, pero no se descargaba porque no he tenido casi 3G —le explicó Eva—. No sé, creo que lo había grabado Ricky.

La chica asomó la cabeza por encima del respaldo del asiento para mirar hacia la parte trasera del vagón. Se llevó las manos a la boca al ver que Ricky estaba grabando a sus amigos con el móvil. También vio que Gabi se acercaba a él, con una mochila azul en los hombros.

—¡No puede ser! —exclamó Eva, y volvió a sentarse.

—A ver, te lo habrá mandado en plan coña... —la tranquilizó Noel, quitándole importancia.

—¡Que no, que era como el accidente que va a sufrir este tren! —insistió ella, cada vez más nerviosa—. Míralo...

Eva se dispuso a poner en marcha el reproductor de vídeo en la tableta, pero se le resbaló de las manos: Ana le dio un golpe en el codo con las piernas al pasar a su lado por el pasillo. La seguía Sam.

—Uy, perdona, Pelopo —le soltó Ana, que aprovechó la ocasión para meterse, como de costumbre, con su pelo rizado.

La tableta se había deslizado por el suelo hasta llegar a los pies de Sabina. Ésta se levantó del asiento con ella en las manos.

—¿Es vuestra?

Eva iba a cogerla, pero giró el cuello, en el que tenía un tatuaje de una bandada de golondrinas. Acababa de escuchar los gritos procedentes de la parte trasera del tren.

—¡A ver, déjame ir a mi sitio! —le soltaba Gabi a Irene—. Pero ¡si no estoy haciendo nada!

—Que me enseñes lo que tienes en la mochila —le exigía la profesora.

—Está ocurriendo... —dijo Eva, sin apenas separar los labios—. ¡Va a pasar!

—¿El qué? —le preguntó Sabina, desconcertada. Como Eva no cogía la tableta que seguía ofreciéndole, la dejó sobre el asiento de ésta, quien, por su parte, miraba aterrada lo que ocurría a unos metros.

—Mira, que no tengo nada más que mis cosas —le decía Gabi a Irene—. El móvil, chicles, y eso...

Sólo dejó que la profesora echara un vistazo rápido, sin soltar la mochila que iba a volver a cerrar.

—A ver, déjame verla bien... —le pidió Irene mientras lo agarraba del brazo.

El chico se zafó con un tirón. Iba a echar a correr, pero Eva llegó antes y le arrancó la mochila de las manos.

—¡Eh! ¿Qué haces! —le gritó Gabi.

Abrazada a la mochila, Eva echó a correr. Empujó a Sam y a Ana, que ya casi estaban en sus asientos, para poder pasar.

—¿De qué vas, tía loca? —le soltó Ana, que estuvo a punto de caer al suelo.

Eva siguió corriendo hasta la puerta de atrás del vagón. Atravesó el pasillo que comunicaba con el final del tren, donde estaba la cabeza tractora trasera. Allí no había asientos, sólo

armarios con los aparatos de control de la maquinaria. Acorralada, se pegó contra ellos.

—¿Qué coño haces, grillada?

Acuclillada, Eva se hizo una bola en el suelo, apretando la mochila contra el pecho. Irene, Sam y Ana se desplazaron también a la cabeza trasera del tren para ver qué pasaba.

—¡Que me des mi mochila! —le gritó Gabi a Eva, de pie frente a ella.

Los últimos en entrar fueron Noel y Sabina. Al ver lo asustada que estaba Eva, Noel se abrió paso entre el resto y se agachó a su lado.

—¿Qué pasa? —le preguntó, intentando que se calmara.

—¿A qué viene esto, Eva? —dijo la profesora, desconcertada.

—Ibas a tirar la mochila por la ventanilla, y se rompía —le explicó Eva a Gabi a modo de respuesta. No dejaba de abrazar la mochila. Miró a Sam, asustada al ver que iba vestido igual que en el vídeo, con un pantalón de chándal y un forro polar rojo—. Y luego vosotros dos os peleabais...

El tren entró en un túnel en curva. La inclinación obligó al grupo a agarrarse a las paredes del vagón. Eva se levantó, y vio por los cristales las tripas de la montaña que atravesaban.

—Era aquí, en este túnel... ¡El tren descarrilaba en este túnel! —gritó.

—¿Qué? —preguntó Irene, tan confusa como los demás.

—¡Os lo juro! ¡Lo he visto en un vídeo!

—Y yo, en *Destino final* —se burló Gabi de Eva—. ¿Qué te metes, tía?

—Litio, pero se ve que se ha quedado corta —dijo Ana, que se dirigió a la profesora—. Irene, voy a dar parte de esto a mis padres. ¡Me niego a irme de viaje con una tarada!

—Déjala. ¿No te das cuenta de que ya lo está pasando bastante mal? —Sabina defendió a Eva.

—¿Y tú de qué vas, chica nueva? —Eva se encaró con Sabina, quien no se acobardó.

—Chicas, basta ya —zanjó Irene, y se interpuso entre ambas.

—Bueno, *Carrie*, ya está bien. Dame mi mochila.

Gabi trataba de quitársela a tirones, pero Eva la sujetaba como si hubiera una bomba dentro.

—¡Déjala! —le gritó Noel a Gabi, sin atreverse a empujarlo.

—Tío, para ya, que es una chica... —Sam agarraba a Gabi por la espalda para tratar de quitárselo de encima a Eva.

Con un tirón fuerte, Gabi consiguió recuperar la mochila. De rebote, golpeó con el codo en la cara a Sam.

—¡Eres imbécil! —saltó el chico rubio.

Acto seguido, Sam y Gabi se enzarzaron en una pelea. Irene trató de separarlos, sin éxito.

—¡Basta! —les gritó—. ¡Basta ya!

La profesora se llevó un empujón justo cuando la máquina daba un fuerte latigazo al tomar un nuevo tramo de la curva, aún más cerrado. El golpe mandó a Irene disparada hasta la entrada del vagón. Para no caer, se agarró a lo primero que encontraron sus manos.

La palanca de freno manual de emergencia.

Irene tiró de ella con todo el peso de su cuerpo.

—No... ¡No! —gritó Eva, aterrada al ver que los hechos se repetían.

El freno ancló de golpe a las vías las ruedas metálicas de todo el tren. El grupo entero trató de agarrarse a las paredes del vagón, que comenzó a temblar. Aterrados, vieron cómo el mecanismo que lo unía al resto del tren no soportaba la embestida y empezaba a romperse. El suelo del pasillo de oruga se

abría bajo los pies de Irene. La cabeza trasera se estaba separando del resto del tren. Sam se lanzó y agarró a la profesora por las muñecas un instante antes de que ésta cayera a las vías.

—¡¡¡No me sueltes!!! —le gritó ella mientras sus piernas se desintegraban contra la grava.

Los chillidos se apagaron cuando Irene terminó por desaparecer bajo el vagón.

Al mismo tiempo, el resto del tren iba saliéndose de los raíles, en cadena. El penúltimo coche, en el que viajaban los estudiantes del colegio, fue barrido por los que ya habían volcado. Salió disparado como un proyectil hasta impactar contra las paredes del túnel. Subidos en la única parte del tren que continuaba en movimiento, Eva, Noel, Sabina, Ana, Gabi y Sam lanzaban gritos desgarrados. Ellos serían los siguientes. El tren volcado estalló. La onda expansiva lanzó a los chicos contra las paredes del vagón, que se salió de las vías. Iba disparado contra los muros del túnel.

Después llegaron la oscuridad y el silencio.

Gabi recuperó la conciencia al notar el hocico húmedo de un animal que le olisqueaba la cara. Al abrir los ojos se le llenaron del polvo que flotaba en el aire. Apenas pudo discernir la cola de un animal blanco que se perdió en la penumbra del túnel. Aturdido, tosió con fuerza y expulsó el humo negro de los pulmones. Con las manos, abiertas por las heridas, se apartó los cristales que tenía por encima.

—¡Ayuda! —le llegó la voz de Ana, desde uno de los rincones del vagón. Los trozos de plástico y hierros formaban una montaña.

Gabi se incorporó, aturdido, y trató de llegar hasta allí. Se

topó con el cuerpo de Sam, que estaba tirado en el suelo e inconsciente, aunque sin nada encima que lo aprisionara.

—Tú, espabila —le apremió—. Que tu novia está ahí atrapada.

Gabi lo tanteó con el pie, sin apenas fuerzas, hasta que Sam se despertó al fin.

—¡Ana! —exclamó al escuchar los quejidos de su novia.

Hizo mucho ruido al apartar la chatarra que aprisionaba a Ana tanto que Noel y Sabina, que estaban tirados junto a la puerta rota del coche, recuperaran el conocimiento.

—¿Estás bien? —le preguntó el chico.

—Creo que sí. ¿Y tú?

Noel asintió, tembloroso. Miró a su alrededor.

—¿Dónde está Eva? —preguntó, asustado al no verla en el interior del vagón volcado.

—Aquí —le llegó la voz de ésta desde las vías oscuras.

Se había caído del vagón debido al impacto. Notaba todo el cuerpo dolorido. Por suerte, apenas tenía unos rasguños por la cara, que estaba cubierta de polvo negro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, desorientada.

—El accidente... Tú ya lo habías visto. Sabías que iba a...

Noel no se atrevió a decir en voz alta lo que había pasado. Tampoco lo hizo Sabina, ni Eva, que era la que estaba más asustada de todos.

—¡Aquí! ¡Ayuda! —los llamó Sam.

Aunaron fuerzas y consiguieron sacar a Ana de debajo de los escombros.

—¿Estás bien? —le preguntó su novio mientras la ayudaba a incorporarse.

Ana tosió hasta que hubo recuperado el aire. Le dolían todos los huesos, aunque eso no le impidió empujar a Eva.

—¿Cómo sabías que iba a producirse un accidente?! —le gritó—. ¿Cómo lo sabías?

—¡Ya está bien, Ana! —Sam la agarró los brazos y la separó de Eva.

—¿Cómo coño lo sabías? ¿Tienes poderes o qué? —le insistió Gabi a Eva.

—Alguien me mandó un vídeo por Internet. En él se veía todo el accidente —se explicó Eva, nerviosa.

—Pero ¿el vídeo te lo mandaron hoy, cuando estábamos en el tren? —le preguntó Sam.

Eva afirmó con un gesto. Evitó mirar al grupo.

—Pero ¿cómo es posible que te enviaran un vídeo de algo que aún no había pasado? —insistió Sam, incapaz de comprenderlo.

—No lo sé. Tal vez no fuera lo mismo. El accidente que salía en el vídeo no era del todo igual —le respondió.

—¿Quién te lo mandó? —le preguntó Noel.

—No lo sé...

—Pero ¿desde qué dirección te llegó? —insistió el chico.

—No me fijé. Creí que sería *spam* —respondió Eva—. No era de nadie a quien conociera.

—¿Había algún nombre? —inquirió Sabina.

—¡Que no lo sé!, ¿vale? —gritó agobiada, y retrocedió para alejarse de ellos.

—Esta tía está loca... ¡El tren se ha estrellado por tu culpa! —vociferó Ana, rabiosa.

—Hay que pedir ayuda —resolvió Sam. Buscó su teléfono en los bolsillos, sin éxito—. ¿Alguien tiene un móvil?

—No. Me lo dejé en el asiento —se lamentó Sabina.

—El mío también estaba en el otro vagón —dijo Noel.

Gabi localizó su mochila entre los escombros. La sacó y

buscó en su interior hasta dar con su iPhone 5s. La pantalla estaba quebrada, y no había cobertura.

—Mierda. No funciona.

—Bueno, nos servirá de linterna —dijo Sam mientras bajaba a las vías—. Venga, tenemos que ayudar a los demás.

Iluminados por la luz del teléfono de Gabi, bajaron del vagón y echaron a andar por el túnel hacia la zona donde se había producido la explosión. Todo estaba tan oscuro como un lago de petróleo. El viento encerrado entre las paredes silbaba con fuerza.

Extrañado, Sam se adelantó al resto del grupo y siguió corriendo por las vías.

—No puede ser —comentó unos segundos después, al llegar a la salida del túnel.

Sabina, Eva, Ana y los chicos se unieron a él. Volvieron la vista atrás, desconcertados. Habían llegado hasta la salida pero no habían encontrado ni rastro del accidente.

El tren había desaparecido del túnel.